Esta conferencia aborda el tema de la Universidad en tanto institución fundamental de la sociedad, y centra la atención en los males que la acechan: el deterioro de las condiciones de trabajo, los salarios bajos, el desplazamiento del lugar social de los educadores en una cultura mediática que toma como referente el espectáculo y sobre todo, la constante amenaza de desinstitucionalización. Ante esto, la clave del fortalecimiento radica en el trabajo sobre sí mismo, en la reflexión en torno a la función educativa, a la función de construcción de conocimientos y a la función de proyección a la sociedad en pos de concretar su involucramiento. A partir de estos ejes este texto alienta a construir una universidad capaz de constituirse por su acción constante, por sus aportes, en un verdadero referente pedagógico.

DOCENCIA UNIVERSITARIA: CONDICIONAMIENTOS Y POSIBILIDADES[1]

El 26 de enero de este año, con motivo de mi designación como profesor asociado de la Universidad del Azuay, en Cuenca, pronuncié unas palabras en torno al siguiente tema: "Universidad y humanismo en tiempos de disolución social". El eje de la argumentación se centró en el concepto de morada. Retomo algunos párrafos de la conferencia:

> "Quiero reafirmar con ustedes el carácter profundamente humano, casi sagrado, de la morada; desde los primeros balbuceos de nuestros ancestros sobre la Tierra, fue el espacio de la construcción de intimidad, de la palabra, de la caricia, de la vida en común. Sin ella, sin ese sitio adonde retornar después de la aventura del día, no habría habido humanidad.
>
> Lugar de los hábitos que nos sostienen en la existencia; lugar de encuentro, del sentido de la propia mirada en el concierto incesante de las otras miradas; lugar de la urdimbre de la historia común, nacida de las experiencias, sentires y sueños compartidos; lugar del interaprendizaje, que poco aliento y vida tiene un aprendizaje en soledad y aislamiento.
>
> No en vano la Universidad es llamada también *casa de altos estudios*."

La universidad es la institución educativa más antigua de la historia de Occidente. La escuela pública, tal como la conocemos, nació muchos siglos más tarde que aquellas organizaciones medievales dedicadas a la conservación de la cultura y a la creación de conocimientos, con antecedentes en el período alejandrino y aún antes, en el centro de estudios de Nalanda, en la India[2].

Pues bien, apreciados colegas de la Universidad Politécnica Salesiana, nuestra morada, nuestra casa, en tanto institución fundamental de toda sociedad, viene siendo asechada desde afuera y desde adentro. Conocemos y sufrimos en no pocos países de la región la primera línea de asechanzas: el deterioro de las condiciones laborales, los bajos salarios, la pérdida del lugar social de los

educadores, la constitución de otros referentes para la mayor parte de la población, como por ejemplo la cultura mediática, el estrechamiento de las oportunidades laborales para nuestros egresados.

Pero sobre todo, de manera radical, la constante amenaza de desinstitucionalización que se cierne sobre nuestros espacios educativos desde la década del 90. El término merece precisiones: se desinstitucionaliza por eliminación o por debilitamiento. Supongamos una fábrica: se la cierra, no hay dónde ir a trabajar. O se la mantiene, pero luego de despidos, con una espada apuntando a la nuca de cada empleado, porque se sabe que afuera hay cientos de desocupados aguardando. Eliminación o debilitamiento, nada más terrible que haber tenido instituciones fuertes, vivas y haber sufrido el vértigo de su deterioro. Del Estado benefactor al Estado ausente.

Nada peor que seres humanos literalmente desinstitucionalizados, por retirada de as instituciones que nos sostuvieron, por ausencia de ellas. Desinstitucionalizados son quienes no tienen apoyo ni adónde ir. Exclusión entonces, precarios sostenes en lo que va quedando de lazos sociales, desentendimiento desde los responsables de los dineros y las políticas de un país.

Y todas las perversiones terminológicas: cambiar, por ejemplo, la palabra desarrollo por crecimiento. La economía crece, la población se subdesarrolla.

Necesitamos instituciones fuertes, como espacios válidos para sostener nuestra dignidad de ciudadanos y de seres humanos; como espacios dignos a los cuales ir a encontrarnos, a interactuar, a construirnos y construir juntos, a desarrollarnos como sujetos individuales y sociales. Las tendencias desinstitucionalizadoras apuntan a destruir lo más humano de nuestra especie: la socialidad. A mayor abandono, a mayor precariedad laboral, a mayor violencia pública, mayor estrechamiento de los espacios de socialización.

Nuestras casas de estudios fueron interpeladas también a comienzos de los 90 por los llamados a la evaluación de la calidad. No pretendo presentarme a ustedes como un opositor a la autoevaluación y a la evaluación externa. Nuestra morada no es un castillo inaccesible al cual sólo entrarían privilegiados científicos y más privilegiados estudiantes. Esos llamados a mirarnos críticamente, a reconocer aciertos y errores, han significado en muchos espacios académicos una bocanada de aire fresco, en la medida en que han permitido una mirada hacia saberes y haceres a menudo demasiado centrados en sí mismos, sin conexiones dentro de las instituciones y con menos conexiones aún con el contexto.

Acuerdo, entonces, con estos esfuerzos de evaluación de la calidad. Pero esta última palabra merece un análisis. Para nosotros el primer sentido de la calidad, su básico sentido, corresponde a la calidad de los seres humanos.

La calidad del educador como sujeto individual, construido en su capacidad de

comunicar, de interactuar, de mediar con toda la cultura, de investigar, de producir intelectualmente.

La calidad del educador como sujeto social: grupos, equipos, redes de educadores, investigadores, productores intelectuales bien construidos.

La calidad del estudiante como sujeto individual: su capacidad de expresión, su seguridad y autoestima; su comprensión de las interdeterminaciones de los fenómenos sociales, su tolerancia, su capacidad de convivencia con la diversidad y las diferencias...

La calidad del estudiante como sujeto social: capacidad de interaprendizaje, existencia de grupos de referencia, presencia, acción y visibilidad de los mismos en la sociedad, apertura hacia el contexto, espacios de encuentro...

La calidad es cuestión de sujetos. Sólo desde ella podemos hablar de la calidad de los productos, de los ingresos y egresos, de los materiales utilizados, de las tecnologías y de su uso, de determinado plan de estudios, de determinada asignatura...

Primero la calidad humana de todos los seres que comparten la vida en una casa de altos estudios, después todo lo demás.

¿Cómo resolver esa preciosa línea de la calidad con crecientes asechanzas desde el contexto de nuestras instituciones? Los procesos desinstitucionalizadores representan un intento de terminar con todos los espacios públicos de convivencia y de democratización. En medio de llamados a la calidad, vivimos al mismo tiempo duros embates contra nuestros establecimientos, expresados en condiciones de vida de educadores y estudiantes, en reducción de los recursos para el ejercicio del pensamiento, la creación de conocimientos y la preservación y construcción de cultura.

Pero, como señalamos, las asechanzas también están instaladas dentro de nuestras instituciones educativas.

Propongo para la reflexión cifras de mi país, la Argentina: 145.000 docentes en las 36 universidades nacionales, 1.600.000 estudiantes, no alcanzan a cubrir ni el 5% de la población total del país. Lo cual se complica más si se revisa la relación ingreso egreso: de cada cien obtienen su título alrededor de 20 estudiantes. Es preciso invertir la lectura: 80 personas cada 100 no concretarán sus estudios. Proyectado esto a 1.600.000 la cifra es enorme, a la luz de expectativas y sueños frustrados y de lo que puede sostener nuestra empobrecida economía. Cada año el sistema universitario expulsa a 200.000 estudiantes. Acerquemos la mirada al conjunto de los docentes: de los 145.000, alrededor de 40.000 trabajan *ad honorem*; de los 105.000 restantes no alcanza al 10% quienes trabajan con dedicación exclusiva; no llegan al 25% los de semiexclusiva, y el resto está con dedicación simple, es decir, por horas.

Sumemos a todo la continuidad de viejas maneras de llevar la estructura universitaria: la fragmentación en cátedras, la mínima comunicación interdisciplinaria, intercarreras, interfacultades; los esfuerzos centrados, casi en su totalidad, en la formación de profesionales.

Mucho se ha escrito y se ha polemizado en torno a la universidad profesionalizante, esto es, a aquélla dedicada de modo primordial a formar profesionales, con un descuido importante de sus funciones de construcción de conocimientos, de salvaguarda y creación de cultura y de proyección a la sociedad. Pocas son las instituciones que se salen de esa manera de encarar los estudios.

Las universidades han sido durante siglos portadoras y gestoras de discursos utópicos. Cuando hablamos de instituciones fuertes para esta coyuntura en el país, lo hacemos también desde esa apuesta por el futuro. Pero corresponde preguntarnos por viejas y muy presentes formas de ejercicio del poder en nuestros establecimientos. Digo en nuestros establecimientos. Conocemos de sobra el poder practicado sobre ellos, como por ejemplo el estrangulamiento presupuestario, la intervención lisa y llana, la politización partidaria, la ausencia de consultas para tomas de decisiones que comprometen el futuro de un país…

Los juegos de poder se producen en toda la estructura de nuestras casas de estudios: dentro de las cátedras (esquema organizativo por demás viejo para afrontar las actuales demandas sociales), dentro de las carreras, entre carreras, entre disciplinas, entre facultades. No tengo ninguna intención de hablar de una guerra de todos contra todos, por el contrario, nuestros espacios son ricos en cooperación, solidaridad, interaprendizaje. Pero hay situaciones en las cuales la contienda está presente, en lo micro cuando en una cátedra se dificulta el crecimiento intelectual de la mayoría de sus integrantes, o en lo general, cuando un grupo tiende a quedarse en el poder o cuando aparecen ciencias de primera y de segunda a la hora de repartir los escasos recursos. Y a menudo esas contiendas tienden a restar fuerzas al cumplimiento de las funciones básicas. Nada más triste que un enclaustramiento de los claustros.

Si la universidad representa un necesario y valiosísimo espacio de socialización, ¿qué podrán socializar profesionales condenados a pasar por las aulas a la carrera, urgidos por otros compromisos para sobrevivir? También se ejerce poder, del peor, en la fragmentación por horas, cargos y cátedras.

No sólo de docentes se trata. No se es libre de crecer como estudiante cuando se carece de oportunidades para elegir, para armar los propios caminos curriculares frente a carreras de itinerarios rígidos y con una mínima o nula comunicación entre ellas.

¿Qué hacer con esa realidad? ¿Cómo aspirar a la ciencia, a la educación, a la cultura?

No pretendo, para nada, descalificar el espacio de trabajo, el impulso de no pocos grupos, el esfuerzo cotidiano en las aulas y en relación con el contexto social. Pero las cifras pesan en los proyectos, en los sueños incluso.

No podemos imaginar una sociedad sin los estudios superiores, pero necesitamos instituciones fuertes en lo que saben hacer y en lo que la sociedad espera de ellas. No hay camino posible sin una recomposición salarial y sin recursos suficientes para el digno cumplimiento de las funciones básicas. Eso está claro, pero no es suficiente. No todos nuestros problemas nos vienen de afuera. Hacernos fuertes significa, de manera fundamental, trabajar sobre nosotros mismos.

Nos detendremos en los tradicionales ejes, docencia, investigación y extensión, para reflexionar en torno a esto último. Hablaremos de la función educativa, de la función de construcción de conocimientos y de la función de proyección a la sociedad e involucramiento en ésta.

Función educativa

La mirada pedagógica en la universidad está todavía a medio construir.

Llamo mirada pedagógica a la capacidad de percibir a los demás como seres de aprendizaje y desarrollo, en cualquier edad y situación social que sea; dicha mirada percibe a la totalidad de la cultura como un infinito tesoro de recursos para promover y acompañar el aprendizaje y el desarrollo; no hay mirada pedagógica posible sin mirarme a mí mismo, en tanto educador o educadora, como un ser de aprendizaje y desarrollo; la construcción de la mirada pedagógica dura tanto como la vida de un educador o de una educadora, y más que ella, porque generaciones de seres comprometidos con esta tarea vamos construyendo el vasto y siempre inconcluso territorio de la pedagogía universitaria[3].

Si digo “a medio construir”, es porque en los últimos años se ha hecho un gran esfuerzo en esa dirección en no pocos establecimientos de educación superior, por ejemplo con el surgimiento de ofertas en formación en docencia universitaria[4]; pero era tal la carencia que aún queda un muy largo camino por delante para concretar el ideal de instituciones con todos sus educadores capacitados precisamente para educar.

Ser fuerte en el plano educativo significa un compromiso con toda la educación de una sociedad. Me refiero a las otras instancias del sistema formal y a la educación permanente. Recuerdo, allá por los 60, a poco de haberme recibido en la Facultad de Filosofía y Letras: ofrecí un curso de análisis de mensajes para maestros de escuelas primarias. Un colega vino a preguntarme por qué me dispersaba trabajando en niveles tan iniciales, cuando había tanto que hacer en el campo del conocimiento y de la búsqueda de la verdad.

Esas separaciones, esos estereotipos, no resisten el menor análisis. Cuando se habla de sistema educativo de un país, se alude a la totalidad de los esfuerzos en dirección a la enseñanza y el aprendizaje y no a feudos intelectuales desde los cuales se mira en menos a los demás. Muchos cambios han sido vividos desde entonces y hoy es clara la conciencia de la necesidad de proyectar la acción a todo el sistema. Pero hay una labor de construcción de conocimientos sobre lo educativo que debería encararse de modo permanente, como una tarea de proyección a la totalidad de la comunidad de enseñanza y aprendizaje del país. En los catálogos de investigaciones impulsadas por las universidades se aprecia una clara minoría: los proyectos dirigidos a otros ciclos del sistema, dentro de la también mínima atención prestada a la investigación educativa en general.

La educación permanente alude a que cada ser humano tiene la posibilidad y el derecho a aprender a lo largo de toda su existencia. Pero tal derecho se concreta si te ofrecen alternativas para ejercerlo. La educación permanente se practica mediante la oferta de actualización a los egresados insertos en el mundo profesional y con una propuesta de cursos, documentales y otros materiales educativos, abierta a todos los que necesitan conocimientos para su vida cotidiana, para sus oficios, para encontrar alternativas ante la oleada de desocupación.

Es muy difícil cubrir todo ese abanico de tareas que nos corresponde encarar como universitarios, sin una mirada pedagógica capaz de abarcar a la sociedad toda.

Función de construcción de conocimientos

Señalamos que la tarea de formar profesionales no alcanza. La construcción de conocimientos tiene todo el sentido para apoyar a distintos sectores de la sociedad y para impulsar la consolidación de un país. Y, además, tiene el valor de servir para alimentar el propio acto educativo. No es lo mismo aprender con educadores transmisores de las ideas y hallazgos de otros, que hacerlo con quienes se lanzan a la aventura del conocimiento.

La cuestión aquí está en lo que una universidad puede mostrar de sí misma: ¿carreras?, ¿seducciones para ocupar un lugar en el mercado?, ¿posición de los egresados en puestos importantes de trabajo? O además, un trabajo sostenido de creación de conocimientos, equipos disciplinarios e interdisciplinarios, resultados valiosos para la propia institución y para la sociedad.

Preocupa en este sentido la producción intelectual de los educadores. A menudo en instituciones donde éstos se cuentan por cientos, son pocos quienes se arriesgan a producir, publicar o comunicar su propia obra. Necesitamos, los educadores, completarnos como intelectuales y ello significa

la creación constante.

Un centro educativo es más fuerte cuando puede exhibir la creación de su personal, cuando enseña desde lo producido en el mundo y lo producido por sí mismo.

Función de proyección a la sociedad

E involucramiento en ésta. Eso no se logra de un día para otro. La universidad, es sabido, produce mucho más de lo que comunica.

Para construir la ciencia hace falta el diálogo entre los científicos, pero si éste se queda intramuros o si sale al exterior y termina encerrado en los límites de otra organización, poco y nada podemos esperar de esa proyección a la sociedad.

Es preciso aspirar en todo momento a convertirse en un referente de distintos sectores de la sociedad. Para ello se requiere un esfuerzo constante de presencia en el propio medio. Constituirse en un punto de referencia, es tarea de años y ello no es trabajo que pueda realizarse sólo por el hecho de enviar egresados a la sociedad. Cuando una universidad se convierte en un punto de referencia, es más probable que distintos sectores de la población estén dispuestos a apoyarla e incluso a defenderla.

En este esfuerzo de comunicación entra la relación con otras instituciones. La expresión de Martí: “Cree el aldeano vanidoso que su aldea es el mundo”, bien puede valer para una universidad; nada peor que confundir la aldea institucional con el mundo. Es imposible permanecer hoy en los límites más inmediatos, porque presionan, en el mejor sentido del término, redes nacionales e internacionales, porque el pensamiento y la educación avanzan de manera cooperativa, porque existe internet y no hay modo de desentenderse de esa maravillosa corriente de saberes puesta a circular a escala planetaria. Valen aquí argumentos anteriores: ¿qué podrá ofrecer al concierto, a la polifonía universitaria nacional y planetaria, quien no ha producido obra propia, quien utiliza su voz sólo para repetir otras voces?

Hablemos ya de pedagogía universitaria

Ese subtítulo corresponde al título de una conferencia pronunciada por Arturo Andrés Roig en el Departamento de Filosofía, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo en 1967, material incluido en su libro *La universidad hacia la democracia. Bases doctrinarias e históricas para la constitución de una pedagogía participativa*[5].

Retomemos las palabras de este intelectual que tanto aportó a la recuperación del pensamiento ecuatoriano:

> "… reducida la pedagogía a las primeras edades del educando, rechazada por muchos académicos satisfechos por la posesión de su saber científico y sometida en otros casos a la acusación difusa de constituir un saber meramente técnico, incompatible con un humanismo, la pedagogía se ha mantenido reducida en el ámbito propiamente universitario a un simple saber empírico. (…) Ante todo cabe afirmar que la universidad supone en la medida que es una comunidad educativa, un problema pedagógico; que posee por eso mismo una problemática que no se confunde con la de otras comunidades educativas y sobre la cual deberá estructurarse un saber pedagógico sistemático…"[6]

Detengámonos en la propuesta que hace Roig para caracterizar a la pedagogía universitaria:

> "… podría ser definida diciendo que es la conducción del acto creador, respecto de un determinado campo objetivo, realizado con espíritu crítico, entre dos o más estudiosos, con diferente grado de experiencia respecto de la posesión del aquel campo…"[7]

El texto fue escrito hace más de 40 años, y sin embargo, por lo menos hasta comienzos de los 90, la situación se mantuvo sin mayores cambios.

Veamos un intento de explicación, tomado del texto "La formación permanente del profesorado: cultura, contenidos y procesos", de Juan Manuel Escudero M., académico de la Universidad de Murcia[8].

> "La ausencia de preocupaciones por la formación docente centrada en la enseñanza, fácil de documentar en el pasado todavía cercano, ha obedecido probablemente a explicaciones de muy diversa naturaleza. Muchas de ellas tienen sus raíces en la propia cultura y valores dominantes en la institución universitaria. Una y otros han nutrido y configurado, entre otros aspectos, un determinado modelo de profesional, y, desde luego, un conjunto de parámetros y perfiles sobre los que asentar la construcción de su identidad y desarrollo. Obvio es decir, en este orden de cosas, que la formación científica e investigadora ha concentrado, y seguramente todavía lo hace, muchos más consensos e identificaciones con lo que debe ser y en lo que debe formarse un profesor universitario…"

Y añade:

> "De modo que, entonces, el tema que nos ocupa es político, al mismo tiempo que cultural. Así, interrogantes como qué relaciones,

> influencias o amenazas; qué intereses, redes de poder o micropolíticas universitarias pueda comportar una iniciativa como ésta, son algunos otros que tampoco debieran quedar desconsiderados. Los juegos de fuerzas y poderes que sostengan y pretendan desarrollar la formación del profesorado universitario han de ser analizados, debidamente negociados y gestionados con enorme sensibilidad y desde un marco de principios y valores defendibles."

Estamos en el terreno de la cultura universitaria, con toda su riqueza, sus contradicciones, sus grandezas y pequeñeces.

Entra aquí la consideración de las políticas universitarias. ¿Hacia dónde se pretende ir con una institución, qué proyecto la moviliza, que acuerdos básicos de su comunidad legitiman tal o cual camino? Y, sobre todo, entra la necesidad de una legitimación de lo que se pretende realizar. Las innovaciones en el espacio de la enseñanza y el aprendizaje no pueden quedar restringidas a los intentos que hacen en esa dirección algunos docentes de manera individual, a costa de un gran esfuerzo y con un deseo de mejorar su práctica. No descalificamos esas iniciativas, pero así como se demandan políticas en relación con la investigación y la extensión, deberíamos contar con políticas de formación de los académicos en lo que a pedagogía universitaria se refiere. En la cultura vigente en las instituciones, caracterizada en general por el reconocimiento del papel de la ciencia, tanto para ampliar conocimientos como para aprender de ella, se viene abriendo camino otra mirada, otra forma de pensar y de trabajar con los estudiantes.

Esto ha sido solicitado por organismos internacionales. Señala la UNESCO:

> "Un elemento esencial para las instituciones de enseñanza superior es una enérgica política de formación del personal. Se deberían establecer directrices claras sobre los docentes de la educación superior, que deberían ocuparse sobre todo, hoy en día de enseñar a sus alumnos a aprender y a tomar iniciativas, y no a ser, únicamente, pozos de ciencia. Deberían tomarse medidas adecuadas en materia de investigación, así como de actualización y mejora de sus competencias pedagógicas mediante programas adecuados de formación del personal, que estimulen la innovación permanente en los planes de estudio y los métodos de enseñanza y aprendizaje, y que aseguren condiciones profesionales y financieras apropiadas a los docentes a fin de garantizar la excelencia de la investigación y la enseñanza…"[9]

Innovaciones de ese tipo no se pueden quedar en la buena voluntad de algunos miembros de determinada universidad. Se trata de políticas a largo plazo, planteadas para los tiempos largos de las instituciones educativas.

Hablemos del alcance de la pedagogía

Hablamos de una pobre mirada pedagógica cuando la misma alcanza para abarcar sólo lo evidente en el espacio de la educación. El importante ámbito del aula, por ejemplo. Hemos caído (y sostenido por un tiempo ya excesivo) en la trampa de confiar todo lo pedagógico a la relación de enseñanza aprendizaje en el aula. La mejor prueba está en los presupuestos de las universidades nacionales: la casi totalidad se lo llevan los docentes, dedicados en su inmensa mayoría a moverse en esos límites, y los administrativos, destinados a permitir el funcionamiento de esos límites.

Se debería hacer pedagogía en las aulas, pero también en el conjunto de una universidad, de una facultad, de una carrera a otra. Y además en el inmenso ámbito de la relación con el contexto. No se trata sólo de producir conocimientos o de transmitir a los alumnos lo que otros produjeron. Corresponde hacer pedagogía con ellos, hacia la sociedad en su conjunto, hacia la clase política, hacia las profesiones y los profesionales, hacia el resto del sistema educativo, hacia las diferentes prácticas, hacia los sectores mayoritarios de la población.

Nadie ha demostrado que a los educadores nos quepa sólo la pequeña libertad de hacer buena pedagogía en el aula y de estrechar la mirada pedagógica a ella. Nuestra condición nos lleva a educar en todas direcciones, de lo contrario renunciamos a buena parte del sentido de nuestra práctica.

No brillan nuestros establecimientos por un aporte sostenido a la educación permanente. De los presupuestos totales, la extensión con intención educativa es siempre mísera. Se gasta buena parte del esfuerzo pedagógico (cuando existe) en la formación de futuros profesionales. Las críticas a la universidad profesionalizante tienen todo el sentido y pueden hacerse extensivas a esa debilidad en la tarea de hacer pedagogía hacia la sociedad.

Las universidades producen mucho más de lo que comunican. Hay materiales de sumo valor que nunca son mediados pedagógicamente para llegar a quienes podrían beneficiarse con ellos para aprender, para resolver problemas de su vida cotidiana. La deuda con la educación permanente tiene raíces pedagógicas profundas: la tendencia a la transmisión de contenidos no ha decaído para nada. El trabajo con el contexto, el diálogo con otros saberes, hacen difícil sostener ese juego tan vigente en el espacio de las aulas.

Dos tareas se nos abren: el impulso al perfeccionamiento docente para el trabajo cotidiano y la ampliación de la mirada pedagógica más allá de la labor propia de las aulas. Estamos en el terreno de las políticas institucionales. La institución puede colaborar en la construcción de manera abierta, con políticas claras, o bien organizarse para entorpecer, frustrar y hasta casi destruir la mirada pedagógica. No colabora con la mirada la violencia institucional ejercida por míseros sueldos, por interinatos perpetuos, por dispersión de la práctica

cotidiana en varios frentes de trabajo, por fragmentación de las cátedras, por estrechamiento de los tiempos del intercambio y del interaprendizaje…

Una política institucional a favor de una amplia práctica pedagógica significa, en primer lugar, el intento de remontar esas formas de violencia. Pero una política tiene sentido si se extiende a toda la polis. No es lícito lanzar una propuesta pedagógica de alcance institucional sólo para mejorar lo que sucede en las aulas. Reconocemos el valor de esto último, pero no es suficiente. Porque volvemos a condenar mirada y práctica pedagógicas a ejercerse sólo sobre lo más evidente, en tanto que ellas abarcan la vida toda de una institución y su posición en el concierto de la sociedad. Cuando las políticas se estrechan, lo que se estrecha es en realidad la institución, es su presencia en la sociedad.

No nos alcanza el válido hecho de ser un referente científico y profesional. Aspiramos a una universidad convertida de modo permanente, por su acción constante, por sus aportes en materiales y en presencia de educadores, en un referente pedagógico. Tal condición se construye a lo largo de años, en un diálogo con otras instituciones, con distintos actores y con la sociedad en general. Y se hace pedagogía no sólo por oferta de cursos y documentos de estudio. También por tomas de posición, por la voz alzada en determinadas coyunturas.

Somos realistas: pedimos para la mirada y la práctica pedagógicas el ámbito completo de la universidad, en todas sus funciones y en todas sus relaciones.

La universidad encierra un tesoro

Vivimos un momento único en la historia de la humanidad, anclado en las ideologías de la violencia y de la muerte. Estamos en guerra a escala planetaria, si alguien duda de eso que mire lo que le viene sucediendo en su vida cotidiana y lo que le ocurre a países enteros. Guerra por las armas y por destrucción de las viejas y queridas seguridades. Es ése nuestro presente, nos guste o no.

A la vez vivimos un momento único por la creación de conocimientos y la generalización de los flujos de información a escala planetaria. Comenzamos a percibir esto con toda claridad a comienzos de los 90. Sonaban a nuestras puertas fuertes golpes de quienes venían a pedirnos cuentas: desde organismos internacionales ligados a la banca, hasta organizaciones sociales que clamaban, y claman, por apoyo para defenderse de los procesos de pauperización. En 1998 se celebró en París el encuentro internacional de educación superior, por iniciativa de la UNESCO. No hemos asimilado todavía lo tratado en ese foro al que concurrieron instituciones de todos los continentes, en muchos casos ni siquiera lo hemos hecho objeto de reflexión.

En la encrucijada de la guerra, en las condiciones de vida actuales, en el horizonte de la expansión y la comunicación de conocimientos y experiencias, resulta imposible insistir en la fragmentación, en el enclaustramiento, en la repetición de lo que otros dicen y escriben, en el desconocimiento pedagógico, en la propiedad privada de parcelas de conocimiento, en una pobrísima comunicación interna y externa, en una escasa producción intelectual, en docentes con energías desperdigadas en veinte frentes de trabajo, en viejas cátedras y en programas de estudios rígidos.

En tiempos de disolución social, la universidad como institución está llamada a sostener espacios de socialidad y de construcción de conocimientos, espacios de aprendizaje y de interaprendizaje. Con todos sus problemas, con todo lo que será necesario remontar, la presencia y la acción de nuestros establecimientos constituyen un sostén fundamental de nuestras sociedades.

Aún con las críticas que podamos hacer, la dignidad de la labor universitaria, el cumplimiento de sus funciones básicas, se ha sostenido a pesar de tantos embates dirigidos a la desinstitucionalización. En definitiva, en medio de carencias, del peso del viejo discurso universitario, lo que se ha defendido es la utopía del conocimiento y del aprendizaje, una utopía sin la cual la universidad carece de sentido.

Daniel Prieto Castillo
Febrero de 2005

1 Palabras pronunciadas en el marco del Ciclo de conferencias sobre Docencia Universitaria de la
Universidad Politécnica Salesiana.
2 Pérez Lindo, Augusto. “Historicidad y futuro de la educación superior”, en *El aprendizaje en la universidad,* Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo, 2003.
3 Venimos insistiendo en este tema desde mediados de la década del 80, véase el libro que escribimos en colaboración con Francisco Gutiérrez Pérez: *La mediación pedagógica, apuntes para una educación a distancia alternativa.*
4 De nuestro postgrado en Docencia Universitaria han egresado más de 1000 colegas, la mayor parte de ellos de la provincia de Mendoza.
5 Mendoza, EDIUNC, 1998.
6 Op. cit., p. 17.
7 Op. cit., p. 19.
8 Caracas, Agenda Académica, Universidad Central de Venezuela, vol. 5, Nº 1, 1998.
9 UNESCO, *La educación superior en el siglo XXI, visión y acción*, declaración de la Conferencia Mundial sobre la Educación Superior, París, 5 al 9 de octubre de 1998, artículo 9, inciso c.